

**«¡Ojalá no tuviéramos un nuevo Tarapacá!»:  
La cotidianidad del soldado chileno en la serranía  
peruana durante la Guerra del Pacífico  
(abril 1881 – julio 1883)**

**«I Wish We didn't Have a New Tarapacá!»: Daily Life  
of Chilean Soldiers in the Peruvian Highlands during  
the War of the Pacific (April 1881 - July 1883)**

Aramis López Chang  
*Universidad Nacional Federico Villarreal*  
[aramislopez1497@hotmail.com](mailto:aramislopez1497@hotmail.com)

**Resumen:** Este artículo contribuye a reconstruir, a través de los testimonios de sus protagonistas, la llamada “cotidianidad en guerra” e impresiones respecto de esta por parte de las tropas chilenas en las tres expediciones militares enviadas a la serranía peruana entre abril de 1881 y julio de 1883. Expediciones que tuvieron como objetivo central aplastar los focos de resistencia peruana encabezados por el general Andrés Avelino Cáceres. Cabe señalar que la mayoría de estudios en torno a la Campaña de la Breña o Sierra centraron sus análisis en torno a los aspectos político-militares, dejando soslayada la importancia de la subjetividad de sus actores. Dicha subjetividad, entendida como las vivencias, sensibilidades y emotividad de sus contemporáneos, puede ser abordada en el registro escrito que hicieron los excombatientes en torno a sus experiencias cotidianas vividas. Por ende, recurrimos como estrategia metodológica a los distintos recursos testimoniales producidos por soldados y oficiales chilenos como las cartas, memorias y diarios de campaña; las comunicaciones vertidas por los corresponsales de guerra; los oficios de las autoridades militares y de gobierno; los partes de guerra; los informes de observadores militares y viajeros extranjeros. Debiendo resaltar que es en el recurso testimonial donde se puede estudiar la visión que tuvieron sus actores respecto a las estrategias de sobrevivencia

desplegadas en un ambiente hostil, su alimentación rutinaria, la etnografía cultural que harán del enemigo “indio” y “montonero”, la descripción del entorno geográfico, la violencia y los lazos que establecieron con sus camaradas de armas. De esta manera, la hipótesis de esta investigación sostiene que para las fuerzas militares chilenas será el escenario geográfico distante y aislado, las durísimas condiciones de vida, y, sobre todo, el padecimiento de una guerra no convencional, lo que permite entender que dicha campaña militar en las serranías peruanas se constituyó en la más prolongada de toda la Guerra del Pacífico.

**Palabras clave:** Cotidianidad, serranía peruana, Guerra del Pacífico, documentos personales, soldado chileno.

**Abstract:** This article is meant to contribute to the reconstruction of what might be described as "daily life in wartime" through the testimonies of its protagonists, the Chilean troops in the three military expeditions sent to the Peruvian highlands between April 1881 and July 1883, focusing on how they portrayed their experiences. The main goal of these expeditions was to crush the Peruvian resistance led by General Andrés Avelino Cáceres. Indeed, it should be pointed out that most of the studies on the Breña or Sierra Campaign were focused on its political-military aspects, leaving aside the importance of the subjective perception of its actors. This subjective perception as an ensemble of experiences, perceptions and emotions, can be approached via the written records made by former combatants about their everyday experiences. Therefore, as a methodological strategy, different testimonial resources written by Chilean soldiers and officers such as letters, memoirs and campaign diaries; the communications of war correspondents; the official letters of the military and government authorities, war reports and reports by military observers as well as by foreign travelers will be analyzed. It is precisely in testimonial resources where it is possible to study the actors' perspective regarding their survival strategies in a hostile environment, their routine diet, the cultural ethnography of their "Indian" and "Montonero" enemies, the description of the geographical milieu, the daily violence and the bonds they established with their comrades in arms. The resulting hypothesis sustained here is that it was the distant and isolated geographical milieu, the harsh living conditions endured by the Chilean military forces, and, above all, the suffering derived from unconventional warfare what made the military campaign in the Peruvian highlands the longest of all in the War of the Pacific.

**Keywords:** Daily life, Peruvian highlands, War of the Pacific, personal documents, Chilean soldier.

Para citar este artículo: Aramis LÓPEZ CHANG: “«¡Ojalá no tuviéramos un nuevo Tarapacá!»: La cotidianidad del soldado chileno en la serranía peruana durante la Guerra del Pacífico (abril 1881 – julio 1883)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 10, N° 21 (2021), pp. 206-230.

Recibido 27/01/2021

Aceptado 31/10/2021

## «¡Ojalá no tuviéramos un nuevo Tarapacá!»: La cotidianidad del soldado chileno en la serranía peruana durante la Guerra del Pacífico (abril 1881 – julio 1883)<sup>1</sup>

Aramis López Chang

Universidad Nacional Federico Villarreal

[aramislopez1497@hotmail.com](mailto:aramislopez1497@hotmail.com)

### Introducción

La guerra quizás represente uno de los rostros más radicales y profundos del ser humano e indisoluble al devenir histórico desde su aparición en el planeta. Incluso Clausewitz, veterano militar prusiano y autor del tratado más importante sobre el tema, la definiría como la continuación de la política por otros medios, sin considerar que el accionar bélico antecede a la aparición del Estado, la diplomacia y a la estrategia en varios milenios. Por ello, sin descuidar los aspectos políticos y militares, la guerra puede ser considerada, ante todo, un hecho social que refleja y es consecuencia de una estructura social, de las normas que esa sociedad estipuló y de las relaciones que se establecieron entre sus miembros. Por ende, el dejar de concebir al fenómeno bélico desde sus preceptos clásicos, permite no solo el abordaje de gobernantes, generales y ejércitos, sino de la sociedad en su conjunto, y cómo esta, ve afectado su adecuado funcionamiento cotidiano.

Dicha nueva concepción en torno a los estudios sobre los conflictos bélicos, no ha sido ajena al proceso de renovación temática de la historiografía sobre la guerra del Pacífico, que enfrentó a Chile contra el Perú y Bolivia entre los años 1879 y 1884. De este modo, las temáticas relacionadas exclusivamente a la dimensión político-militar del conflicto han dejado de ser la cantera predilecta de la historia militar y despertado el interés de las ciencias sociales. Dando como resultado, una marcada ampliación del ámbito de estudio de la guerra con la apertura de nuevas líneas de investigación, que busquen incorporar enfoques teóricos y metodológicos, transitando del clásico estudio de las estructuras materiales al de la cultura, la subjetividad de los actores sociales y sus representaciones. Entonces, los estudios en torno a la guerra de 1879, al explorar diversas temáticas y experimentar con novedosos enfoques teóricos y metodológicos, ha permitido el trazado de nuevos derroteros historiográficos a la luz de la historia so-

---

<sup>1</sup> Extracto de la narración de un corresponsal de guerra chileno desde el puerto del Callao. Véase en “Correspondencia Especial”, *El Estándarte Católico*, Santiago, 14 de mayo de 1881.

cial y cultural, por ejemplo, las sensibilidades y emociones de sus protagonistas militares y civiles.<sup>2</sup>

El estudio de la “cotidianidad en guerra”, dentro de estas nuevas líneas de investigación, profundiza su análisis no solo como un conjunto de hechos sociales aislados y/o anecdóticos de un grupo humano en una coyuntura bélica determinada; sino en la reconstrucción histórica de sus condiciones de vida, acción y la emotividad de los sujetos históricos a estudiar. Bien es sabido que las anécdotas son algo que el historiador no debe despreciar ni rechazar, pero sin una adecuada generalización, sin ser enmarcados en un contexto analítico profundo y la comprobación de una hipótesis sobre el tema, no dejarían de ser una mera narración lineal de hechos. Resaltando que, es en el estudio de lo cotidiano, donde se encuentra un cauce para comprender el pasado de la gente que había estado marginada de la historia, gente que ya no debería identificarse como masas, sino que podría tener su propio rostro y personalidad. Por lo tanto, la vida cotidiana no está fuera de la historia, sino en el centro del acontecer histórico, interesada en penetrar a las personas en su individualidad con sus sentimientos y creencias.<sup>3</sup>

De este modo, el concepto de “vida cotidiana” no debe comprenderse solo como un estudio aislado de los actos rutinarios de las personas como el comer, dormir, vestirse, trabajar, estudiar, etc. Sino que, implica ampliar los horizontes del pensamiento y estudiarlo como el espacio donde los seres humanos construyen y despliegan la subjetividad e identidad social.<sup>4</sup> Subjetividad entendida como, el proceso de formación personal en base al punto de vista propio e intereses particulares, asimismo, la identidad

---

<sup>2</sup> En lo medular, existen trabajos que abordan la cotidianidad del soldado desde una perspectiva general como el de Sergio RODRÍGUEZ RAUTCHER: *Problemática del soldado chileno durante la Guerra del Pacífico*, Santiago, Edimpres, 1986; Carlos DONOSO y Juan Ricardo COUYOUMDJIAN. “De soldado orgulloso a veterano indigente: La Guerra del Pacífico”, en Rafael SAGREDO y Cristián GAZMURI (eds.), *Historia de la vida privada en Chile*, Santiago, Taurus, 2006, tomo II, pp. 237-273 y Aramis LÓPEZ CHANG: “Con el fusil al hombro. Aproximaciones a la vida cotidiana y experiencias de los soldados indígenas peruanos durante la Campaña del Sur, 1879- 1880”, *Cuadernos de Marte*, 15 (2018), pp. 43-79. El análisis del cómo los soldados afrontaron la guerra en medio de obras especializadas en el conflicto, Carmen MC EVOY: *Guerreros civilizadores, Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*, Lima, Fondo Editorial PUCP, 2016 y William SATER: *Tragedia andina. La lucha en la Guerra del Pacífico, 1879-1884*, Santiago, LOM Editores, 2018. Finalmente, un análisis de las experiencias cotidianas de los soldados chilenos, las representaciones que estos hicieron del enemigo en sus testimonios escritos y las consecuencias emocionales de estos respectivamente, Patricio IBARRA: “Nuestra vida es tan sobria como la de un espartano: La cotidianidad de los soldados chilenos en el desierto de Atacama en la Guerra del Pacífico (Noviembre 1879 – Abril 1880)”, *História Unisinos*, 24 (2020), pp. 84-95; Patricio IBARRA: “Seres aquellos de costumbres depravadas: cholos e indígenas andinos en los testimonios de chilenos durante la Guerra del Pacífico (1879-1884)”, *Estudios Atacameños*, 61 (2019), pp. 11-133 y Cristián GONZÁLEZ PUEBLA: “Cicatrices en el alma. Las consecuencias emocionales de la experiencia bélica de los combatientes chilenos de la Guerra del Pacífico (1879-1884)”, *Revista de Historia*, 26 (2019), pp. 7-28.

<sup>3</sup> Pilar GONZALBO: *Introducción a la historia de la vida cotidiana*, México, COLMÉX, 2009, p. 20.

<sup>4</sup> Cornelius CASTORIADIS: *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets Editores, 1993, Vol. I-II.

social, conformada a partir de la influencia de instituciones dominantes como la familia, la educación, la religión, la sociedad civil, los medios de comunicación y el aparato estatal. Los cuales, mediante procesos de socialización, transmiten una serie de valores, actitudes, costumbres y tradiciones, que se incorporan en los modos de vida de los seres humanos.<sup>5</sup>

En resumen, la cotidianidad constituye, ante todo, el tejido de acciones y conocimientos de tiempos y espacios que se organizan para que los actores sociales perpetúen los innumerables rituales que garanticen la continuidad de la existencia del orden construido.<sup>6</sup> Bajo esta perspectiva, los momentos de ruptura o excepción de lo rutinario, como es el caso de un conflicto bélico, al fracturar lo repetitivo, que es la base de la cotidianidad, no podría pertenecer al ámbito de lo cotidiano. No obstante, siguiendo lo planteado por la historiadora Iliria Flores Carreño, al incluir aquellas particularidades de esa vida de cada día, se crean espacios y tiempos para la excepción, dotando de sentido a esas circunstancias extraordinarias y conduciéndolas hacia el acontecer diario. Entonces, se propone ver lo cotidiano no solo como el constante devenir de acciones repetitivas, sino también como un conjunto de innumerables fragmentaciones de la rutina que consiguen influir en la vida diaria y que, con ello, se ganan un lugar en el orden de lo cotidiano.<sup>7</sup>

Por ende, en base a estos antecedentes, la problemática de este artículo es el abordaje de la cotidianidad del soldado chileno durante las expediciones militares enviadas a la serranía peruana durante la guerra del Pacífico, de abril de 1881 a julio de 1883, desde el enfoque personal-subjetivo de sus protagonistas. Constituyéndose así, en la óptica testimonial de los soldados y oficiales de tropa chilenos, los corresponsales de campaña, los observadores militares extranjeros, los civiles y políticos involucrados; materializada en sus documentos personales y crónicas de guerra. Siendo en los registros testimoniales, donde se encuentra la visión que tuvieron sus actores respecto a las estrategias de sobrevivencia desplegadas en un ambiente hostil como la serranía peruana; su alimentación rutinaria; la descripción del entorno geográfico y cultural; los lazos que establecieron con sus camaradas de armas, producto de una vida de campaña en común; el encuentro con el enemigo “indio” y “montonero”; así como, las consecuencias emocionales experimentadas que llevaron a un número de soldados a optar

---

<sup>5</sup> No obstante, la identidad social no puede encasillarse como un modo de vida heredado, ni tampoco como la reproducción de la sociedad tal como es. Debiendo considerar que, la identidad está sujeta a cambios en los escenarios de las relaciones sociales, producto de diversos procesos históricos enmarcados en fenómenos como la socialización, la transculturación y la asimilación cultural. Véase más en Mary Luz URIBE: “La vida cotidiana como espacio de construcción social”, *Procesos Históricos*, 25 (2014), pp. 101-102.

<sup>6</sup> Dulce ORELLANA: “La vida cotidiana”, *Revista Universitaria de Investigación y Diálogo Académico*, 2 (2009), pp. 9-10.

<sup>7</sup> Iliria FLORES CARREÑO: *Vida cotidiana y violencia durante la guerra de independencia. Guanajuato y Michoacán, 1800-1830*, México, Forum Cultural Guanajuato, 2018, p. 16.

por el suicidio o la deserción de sus filas. Por consiguiente, es a través de la documentación personal y crónicas de guerra, donde los redactores crearon su propia historia en medio de los intersticios del conflicto bélico o posterior a este, apareciendo «en su dimensión común y corriente, dejando de lado en muchas oportunidades a los héroes inmortales, generales victoriosos, los estrategas encumbrados o los estadistas visionarios».<sup>8</sup>

De esta manera, el abordaje de las voces de los actores durante las expediciones militares enviadas a la serranía peruana entre 1881 y 1883, implica recurrir como estrategia metodológica a los distintos recursos testimoniales producidos por soldados y oficiales -cartas, memorias y diarios de campaña- en los cuales reconstruyeron desde su perspectiva personal las vivencias y experiencias de los ejércitos en campaña. Además de recurrir a las comunicaciones vertidas por la prensa, los oficios de las autoridades del gobierno, partes de guerra e informes de observadores militares extranjeros. Asimismo, efectuar un estudio de bibliografía especializada en torno a la historia de la vida cotidiana, la historia social de la guerra y la campaña militar de la Breña. Siendo a partir de esta multiplicidad de voces contenidas en los registros testimoniales que, se tratará de aproximar a la dimensión humana de la guerra de 1879, accediendo a temáticas que escapen de las relacionadas con la conducción político-militar del conflicto y que den paso a las vivencias y al sentir de los individuos de tropa que participaron en ella.

### **«Aquí reina el soroche»: El encuentro con la serranía peruana y las estrategias de sobrevivencia<sup>9</sup>**

Si bien la empresa bélica chilena en enero de 1881 fue exitosa tras las batallas de San Juan, Chorrillos y Miraflores, apoderándose de la capital peruana y de sus principales centros administrativos, estos acontecimientos no se pudieron traducir en un dominio total del país. El mando político-militar chileno, siendo consciente de la existencia de focos aislados de resistencia en la serranía peruana, creyó menester aplastarlos para la consecución de una tratativa de paz, favorable a sus intereses. Siendo el general peruano Andrés Avelino Cáceres, convaleciente de una herida en la pierna después de la última batalla en Lima, quien se internaría en la sierra para «oponer al invasor la mayor resistencia posible, aprovechando de los obstáculos naturales y tratando de hacer

---

<sup>8</sup> Patricio IBARRA: “Narro lo que ví. La Guerra del Pacífico en primera persona”, en José CHAUPIS y Claudio TAPIA (eds.), *La Guerra del Pacífico 1879-1884: Ampliando las miradas en la historiografía chilena peruana*, Santiago, Legatum Editores, 2018, p. 214.

<sup>9</sup> Carta escrita por el soldado Abraham Quiroz, dirigida a su padre y fechada en Huancayo, 7 de mayo de 1882. En Hipólito GUTIÉRREZ y Abraham QUIROZ: *Dos soldados en la Guerra del Pacífico*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre S. A., 1976, p. 96.

comprender al enemigo, que aún después de nuestros desastres, es el Perú bastante temible para el que pretenda humillarlo». <sup>10</sup>

Haciéndose evidente que la guerra había ingresado a una nueva faceta de lucha y en donde cada beligerante perseguía distintos objetivos. El mando político chileno esperaba que la aplicación de altos impuestos costeara al ejército de ocupación sin afectar al erario chileno, y que esto, forzaría a la clase política peruana a buscar la firma de un tratado de paz con la cesión permanente de Tarapacá. En cambio, el foco de resistencia peruana, liderado por Cáceres dio inicio a una “guerra en pequeño” o “de guerrillas”, lo que le permitiría ganar el tiempo necesario para formar y adiestrar a sus primeras tropas regulares. De esta manera, una vez que estas tuvieran el suficiente volumen y consistencia más o menos regular, adoptarían formalmente una posición defensiva «dentro del marco de una estrategia de desgaste, hasta alcanzar la fuerza indispensable para pasar en una oportunidad propicia, a una vigorosa contraofensiva que pudiera darnos el triunfo o las ventajas apetecidas». <sup>11</sup>

Dicha campaña militar es conocida comúnmente en Chile como la “Campaña de la Sierra” y en el Perú como la “Campaña de la Breña”, comprendiendo desde mediados del año 1881 hasta julio de 1883. En la cual participan un ejército de línea formado por Cáceres, el cual tuvo como base a los dispersos del antiguo ejército regular peruano, los voluntarios enrolados de las ciudades serranas y cuerpos guerrilleros, destinados a operar con una marcada hostilización al enemigo durante su incursión en la región. Mientras el mando político-militar chileno desde Lima, despacharía tres expediciones militares con rumbo a la serranía peruana, la primera al mando de Ambrosio Letelier, caracterizada por corrupción y violencia indiscriminada contra los indígenas y las otras dos al mando del coronel Estanislao Del Canto y el comandante Marco Aurelio Arriagada respectivamente, con un único objetivo, aplastar el foco de resistencia encabezado por el general peruano, constituido en el obstáculo principal para la firma de la paz.

De esta manera, las tropas veteranas chilenas tuvieron que palidecer frente a una guerra asimétrica, al penetrar por senderos inhóspitos localizados entre los 3500 y 4000 msnm, rodeados por dos brazos de la cordillera de los Andes. Penetrando aquellos parajes que les eran desconocidos, tuvieron extensas jornadas de lucha cruel y desorganizada, en algunos casos, con falta de vestimenta, abrigo, alimentos y medicinas, sometidos a un entorno hostil no solo por la presencia del enemigo sino por el inclemente clima de altura, regularmente frío y el brote simultáneo de enfermedades endémicas en menoscabo de sus tropas. Considerando que toda experiencia de guerra es esencialmente corporal, debido a que en la guerra son los cuerpos los que infligen la violencia y la violencia se ejerce sobre sus cuerpos. Así pues, la lucha en la serranía peruana no

<sup>10</sup> Zoila CÁCERES: *La Campaña de la Breña. Memorias del Mariscal del Perú D. Andrés A. Cáceres*, Lima, Imprenta Americana, 1921, pp. 155-156.

<sup>11</sup> Andrés CÁCERES: *Memorias de la Guerra del 79*, Lima, Biblioteca Militar del Oficial, n° 40, 1976, p. 97.



constituyó una excepción a la regla. De la misma forma, toda experiencia de guerra subvierte en profundidad los ritmos normales del cuerpo, así como la relación con el tiempo por la ausencia de sueño y la irregularidad de las horas de descanso y comidas. Siendo muchas veces los casos en donde la logística fracase en su cadena de avituallamiento de las tropas, acentuando necesidades elementales que no pueden ser satisfechas como el hambre y la sed.<sup>12</sup>

En cuanto a la problemática más frecuente en la totalidad de expediciones militares chilenas enviadas a la serranía peruana fue el mal de altura o “soroche”, el cual hizo estragos en las orejas y oídos de la tropa. Por ello, no resulta extraño que, en los primeros telegramas enviados por Ambrosio Letelier desde Chicla en abril de 1881 informara acerca de la existencia de más de cien soldados enfermos de soroche y la necesidad apremiante de cirujanos, camas y abrigo para los enfermos.<sup>13</sup> A su vez, un oficial chileno afirmará que, en su travesía, muchos soldados por causa del mal de altura «usaban el fusil como baston para subir la empinada cordillera, tan cansados i macilentos, que los oficiales les ofrecíamos nuestros caballos para evitar que se quedaran atrás». <sup>14</sup> El soldado Abraham Quiroz le resumirá la segunda expedición militar a su padre en una misiva con la siguiente frase: «Aquí reina el soroche». Describiendo los síntomas de este mal como un «cansancio al pecho que le va oprimiendo poco a poco la garganta hasta el punto de que no pueden más las narices. Parece que las tuviera doble, y adentro del pecho, como si le hubieran refregado ají». <sup>15</sup> Similar experiencia será narrada por el secretario de división, Isidoro Palacios, quien dirá que en Chicla:

Hay que tomar escalas, y aquí es el resoplar como ballena para subir cada escalon. A doce mil y tantos piés de altura se tiene que aprender á andar nuevamente; es preciso habituarse á que lo estén ahorcando todo el día.<sup>16</sup>

Al mismo tiempo, dicha opresión del pecho estuvo acompañada de un desfallecimiento completo del cuerpo del soldado, donde los pies se negaban a dar un paso más, debido a que el más breve movimiento ocasionaba malestar. Rehuyéndose de la luz y del ruido con un dolor intenso de las sienas, algunas veces con hemorragias nasales, diarreas y con el estómago resistiéndose a soportar alimento alguno, produciéndose

---

<sup>12</sup> Stéphane AUDOIN-ROUZEAU: “Matanzas. El cuerpo y la guerra”, en Jean-Jacques COURTINE (ed.), *Historia del cuerpo. Las mutaciones de la mirada. El siglo XX*, Madrid, Taurus, 2006, Vol. 3, pp. 275, 288.

<sup>13</sup> Pascual AHUMADA MORENO: *Guerra del Pacífico. Recopilación de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a la luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia*, Valparaíso, Imprenta i Lib. Americana, 1890, T. VII, pp. 94-96.

<sup>14</sup> Véase en “Noticias sobre la Expedición Letelier”, *El Estandarte Católico*, Santiago, 9 de julio de 1881.

<sup>15</sup> Hipólito GUTIÉRREZ y Abraham QUIROZ: op. cit., p. 96.

<sup>16</sup> Isidoro Palacios: *La retirada de Huancayo. Detalles completos*, Lima, Imp. de “La Patria”, 1882, p. 7.

fatigosos vómitos. Al respecto, el sargento Arellano Varela consignará en su relato personal que: «El batallón parecía que se iba balanceando al andar se ban almareando los soldados y arrojando pura agua, con la comia de guiscos». <sup>17</sup> Salvador F. Feliú, cirujano del batallón “Coquimbo”, dirá que en vano los médicos estuvieron provistos de pomos de sales amoniacaes o álcali volátil, pues de poco o nada servían para el mal declarado. Sin embargo, veía como los soldados salían de sus filas a rodear algún empleado del servicio sanitario, el cual «de mano en mano hacía circular aquel intenso volátil, y en el que tanta fe tenían para aspirarle con ansias». Asimismo, sobre el cuadro sintomatológico desde su óptica médica afirmará que era:

Un dolor frontal gravativo y tenaz, constrictivo como el de taladro o lancinante, de tal manera violenta para derribar en un momento, a cualquier más resignado y valiente, haciéndole completamente indiferente a cuanto le rodea, huyendo de la luz y el ruido, para buscar en el lecho, en el aislamiento y la oscuridad, el término de sus sufrimientos que el arte no puede abreviar en un momento [...] acompañado de abundantes y repetidos vómitos, primeros alimenticios para ser enseguida enteramente biliosos. <sup>18</sup>

Pero el soroche no lo era todo, teniendo en cuenta las fatigosas marchas y contramarchas a las que estuvieron sometidas las tropas expedicionarias, producto de un modelo de “campana continua” contra el enemigo. Marchas en las cuales, solo el peso del armamento, municiones y enseres militares, constituyen una verdadera prueba de combate en medio de caminos y cerros fragosos. Siendo en el paso de la cordillera, donde muchos combatientes chilenos sufrirán el rigor del clima de alta montaña, caracterizado por precipitaciones borrascosas o nieves profusas. El soldado Quiroz apuntará en una carta: «nosotros no estábamos acostumbrados a tal hielo y así se nos ha partido la boca y no se puede lavar la cara porque el agua no se sufre». <sup>19</sup> El oficial Castillo del batallón “Maule” informará a sus superiores acerca de un soldado que se desbarrancó con el animal que montaba y nueve hombres de los cuales se ignora su paradero como dispersos o fallecidos. <sup>20</sup> Del mismo modo, el soldado Ibarra apuntará que la ropa de paño gris que tenían puestas él y sus camaradas de armas, ya estaba muy rota, teniendo que remendarse con trapos de bayeta de colores, e incluso «cuando daban muerte aun buey la carne para el rancho el cuero paser ojotas» para calzar y seguir al enemi-

<sup>17</sup> Archivo Privado (AP), Expediente Personal (EP), leg. 1, fol. 12. “Expediente personal del Sgto. 2º del Regimiento Movilizado Maule, Juan Nepomuceno Arellano Varela”. Antofagasta, 5 de abril de 1891.

<sup>18</sup> Javier DE LA ISLA: *Diario de un viajero uruguayo en el campamento de la Sierra*, Santiago, Olivares Castro, 2017, pp. 71-72.

<sup>19</sup> Hipólito GUTIÉRREZ y Abraham QUIROZ: op. cit., p. 100.

<sup>20</sup> Pascual AHUMADA MORENO: op. cit., p. 367.

go.<sup>21</sup> Por otro lado, en estas travesías cordilleranas, quedar rezagado de las filas podía significar la muerte por congelamiento, destino al cual, el subteniente Benavides pudo salvar por poco, dejándonos una interesante estampa del miedo y desesperación experimentado:

Intenté levantarme haciendo nuevos esfuerzos y no pude conseguirlo. Mis piernas estaban cubiertas por una gruesa capa de nieve; y no las sentía ni las podía mover... Sólo tenía acción en los brazos y cabeza... Llamé a gritos y nadie acudió... Un atroz miedo y tristeza me invadió... y lloré... y recé y volví varias veces a gritar [...] Estaba como traspuesto cuando oigo lejana voz que dice: ¡Subteniente Benavides! ... Me incorporo un tanto y grito dos, tres, cuatro o más veces: “aquí estoy!... ¡aquí estoy!”.<sup>22</sup>

Si bien, el frío inclemente y la nevada hizo estragos mayores en la tropa de a pie, estos también cobraron víctimas en los animales de carga, útiles para el traslado de los escuadrones de artillería, los oficiales de mando, las piezas de artillería, y en situaciones particulares, soldados enfermos. Sin embargo, la falta de forraje para los animales, también constituyó un problema constante, tal como es señalado por el coronel Estanislao del Canto, quien para suplir dicha escasez hizo destechar los techos de paja de las viviendas de la zona y la poca madera encontrada fue utilizada como combustible para el rancho de los soldados.<sup>23</sup> El subteniente Benavides anotará que se les había ordenado que todos llevaran como bastones algunos trozos de leña, que luego servirían para hacer fuego y poder preparar rancho caliente al otro día. Adicionalmente señaló que, como el frío era muy intenso se abrigaban con unos vistosos ponchos de castilla, del que se les había provisto.<sup>24</sup> Impresiones sobre las duras condiciones de las cabalgaduras nos la dan el mismo Benavides y el secretario de la división presente en Huancaayo, Isidoro Palacios. El primero afirmó que antes de llegar a Morococha, muchos oficiales que venían a caballo «tuvieron que abandonarlos, porque las pobres bestias venían exhaustas por falta de alimento».<sup>25</sup> Mientras el segundo consignó en su diario que al llegar al Paso de Antarganga: «Las cabalgaduras andan á paso de tortuga, y sus fre-

<sup>21</sup> Marcos IBARRA: *Campaña de la Sierra. La Concepción – Una aventura*, Chile, Universidad de la Serena, 1985, p. 77.

<sup>22</sup> Arturo BENAVIDES: *Seis años de vacaciones. Recuerdos de la Guerra del Pacífico 1879-1883*, Santiago, Chile: Imprenta del Universo, 1921, pp. 188-189. Similar experiencia es anotado por un soldado chileno quien afirmó que la nieve era tan fuerte que entraba dentro de sus botas de caña y que gracias al teniente Gacitua, encargado de recoger a los rezagados: «me recojeron me escubillaron el cuerpo i me dieron azotes poque volviera en mi conocimiento Normal después me dieron una copa de Pisco con amargo i me repuse de nuevo i seguimos abanzando ala cumbre del Sentro de la cordillera». En Marcos IBARRA: op. cit., p. 72.

<sup>23</sup> Pascual AHUMADA MORENO: op. cit., p. 212.

<sup>24</sup> Arturo BENAVIDES: op. cit., p. 187.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 228.

cuentos resoplidos hacen temer por sus pobres huesos». <sup>26</sup> Además, el viajero uruguayo presente en las tropas chilenas, dirá que a la salida de Casapalca:

Las bestias de carga, las mulas de artillería, sobre todo, agobiadas por la falta de aire, daban tristes relinchos, aspiraban ese mismo aire y enloquecidas trataban de partir a escape; pero las débiles piernas no acompañaban a su brío, y se reducían a caminar paso a paso. <sup>27</sup>

Desde otro ámbito, las enfermedades fueron el enemigo más peligroso que tuvieron que enfrentar las tropas chilenas en la sierra peruana, siendo su número de decesos superior al de los caídos en combate. Solo por citar un ejemplo, el informe sobre el número de bajas del ejército en el período que va desde el primero de julio de 1882 al primero de julio de 1883 señala 149 muertos en acciones de guerra y 603 por enfermedades, en su mayoría epidémicas. <sup>28</sup> En suma, tanto para los soldados chilenos y peruanos, las aglomeraciones de individuos en un mismo espacio; la alimentación escasa y de mala calidad; los rigores de la estación y otras causas más, provenientes de condiciones antihigiénicas, constituyeron el caldo de cultivo para enfermedades epidémicas como tercianas, disenterías, tifus, fiebre amarilla y viruelas. Debiendo afirmar que, el servicio sanitario chileno durante esta campaña militar no fue muy eficiente, teniendo los médicos de las ambulancias que acompañar a las tropas en territorios hostiles y desconocidos, siendo vulnerable al ataque de los “montoneros” peruanos. Además, los bagajes y elementos sanitarios se retrasaban, debido a la carencia de transporte adecuado, y aun cuando se tenían los animales y monturas necesarias, el enemigo amenazaba de manera constante la red de caminos y ferrocarriles. Dicha problemática hace entender expresiones como las del coronel Alejandro Gorostiaga, quien señaló que las enfermedades que más atacaron a sus fuerzas en 1883 fueron diarreas, disenterías y viruelas de mal carácter, en conclusión «tuvimos que andar como judíos errantes sacando el cuerpo a la última enfermedad». Añadiendo a su relación el cómo eliminar la plaga de los “piques”, los cuales eran unos insectillos que buscaban hospedaje en las uñas de los pies de la tropa, produciendo irritaciones y pequeños tumores:

El ataque se reduce a operar con un alfiler o navaja en torno de toda la parte horadada hasta sacar integra la bolsita con huevecillos, sin dejar ni uno, i a la vez al pique, i luego taconear la cavidad con la ceniza del cigarro mezclada con el tabaco a medio quemar, que está próximo a la ceniza. Es preciso también no

---

<sup>26</sup> Isidoro PALACIOS: op. cit., p. 8.

<sup>27</sup> Javier DE LA ISLA: op. cit., p. 89.

<sup>28</sup> Isidro HUETE: “La medicina militar chilena durante la Guerra del Pacífico (1879-1884)”, *Ars Medica*, 18 (2010), p. 109.

mojarse los pies en cuatro o seis días.<sup>29</sup>

En conclusión, una de las epidemias más mortales que padeció el ejército chileno en campaña fue el tifus en marzo de 1882.<sup>30</sup> Este mal endémico en conjunto a la resistencia armada de las comunidades indígenas en el Valle del Mantaro, contribuyeron a la desocupación de las fuerzas chilenas del departamento de Junín y su repliegue inmediato a Lima. La situación se tornó tan alarmante, que el secretario de la división presente en Huancayo escribirá que «varios practicantes, mozos y empleados de ambulancias fueron atacados simultáneamente por el mal. Las medicinas, camillas y otros útiles de hospital faltaron en los momentos más críticos casi en absoluto».<sup>31</sup> Por otra parte, el subteniente Benavides anotaría que, como el número de enfermos aumentaban día a día, se habilitó una casa como hospital, notándose la carencia de catres y colchones, asimismo «se instalaba en el suelo a los enfermos; y con sus ponchos, frazadas y uniformes se les hacían camas». Paralelamente, varias partidas al mando de oficiales salieron a requisar burros y cabalgaduras aptas para conducir a los enfermos menos graves y que con los «cueros de vacunos y ramas de árboles o trozos de madera, se hicieron camillas para los más graves, que debían ser conducidos por indios que fueron tomados con tal fin».<sup>32</sup>

### «En una palabra, nada tenemos aquí»: La alimentación en la serranía peruana<sup>33</sup>

La capacidad combativa cualquier ejército es producto de múltiples variables entrelazadas y, entre ellas, la alimentación adecuada de los soldados ha sido y sigue siendo una variable relevante. Considerando que para afrontar el abanico de tareas que demanda la vida castrense, sea en el cuartel o en campaña, se requiere una ingesta adecuada de energía y nutrientes, que guarde proporción con el esfuerzo físico realizado. Por el contrario, una provisión insuficiente y continua de calorías o desequilibrada en su composición nutricional, significará una disminución de las capacidades físicas y una mayor vulnerabilidad ante las diversas enfermedades y, en consecuencia, una ero-

<sup>29</sup> Raimundo VALENZUELA: *La batalla de Huamachuco*, Santiago, Imprenta Gutenberg, 1885, pp. 25-26.

<sup>30</sup> En una carta fechada en Zapallanga, 25 de junio de 1882, un oficial chileno del batallón “Santiago” afirmará lo siguiente: «Por ahora tenemos otro enemigo mas a quien batir. Este es aun peor: se llama el tifus, que se ha desarrollado de una manera mui fuerte. Solo en una semana cabal, de sábado a sábado han fallecido de tal enfermedad 12, cinco del 2º de Línea i siete del Lautaro». Véase en Pascual AHUMADA: op. cit., p. 187.

<sup>31</sup> Isidoro PALACIOS: op. cit., p. 6.

<sup>32</sup> Arturo BENAVIDES: op. cit., pp. 203, 207-208.

<sup>33</sup> Extracto de una relación escrita por un oficial chileno de la división del coronel Estanislao del Canto, fechada en Tarma, 17 de julio de 1882. En esta refiere la difícil retirada general de la expedición, acosados por el enemigo, llevando 500 enfermos, sin forraje para los animales y alimento escaso para las tropas. Véase en Pascual AHUMADA: op. cit., p. 187.

sión de la capacidad combativa.<sup>34</sup> Una buena comida, por muy básica que resultara, podía tener efectos vivificantes sobre la moral de la tropa. Como es consignado por el subteniente Benavides, quien, tras una penosa marcha por La Oroya, ve llegar a los rancheros con un cuarto de animal vacuno, el cual se cortó en presas y se coció solo con sal, porque no había nada más que agregarle. Entonces, bien entrada la noche «se repartió un pobre caldo...que encontré más sabroso que los que después he tomado en banquetes, y se nos dio un pequeño trozo de carne cocida». <sup>35</sup> Desde otra óptica, es interesante la relación que hace Javier de la Isla, sobre el rancho y la moral de la tropa chilena en la campaña de 1883:

Según mis observaciones, se puede ir a las fronteras del Perú con estos soldados, y caminarán alegres con la perspectiva de rodar tierra, ese desiderátum del hijo de Chile, pero a retaguardia le deben acompañar: el frejol, el charqui, la harina y sobre todo el tabaco. Con cigarro y pan, se pasan las nieves perpetuas y se asaltan las trincheras enemigas. Puede Ud., suprimir por un mes, si quiere, la chicha de aguardiente, la cama, el frejol mismo, pero que no falte el pan ni el cigarro. <sup>36</sup>

Por otra parte, debemos considerar la existencia de dos tipos de raciones alimentarias para la tropa, una ración de fierro o “seca” para la marcha continua y una fresca de campamento. Las diferencias entre ambas radicaban en que la primera estuvo constituida por recursos menos perecibles, como la galleta o harina tostada, charqui, cebolla, ají, sal, azúcar, pan, café o aguardiente<sup>37</sup> y algunos tubérculos de la zona; mientras la segunda estuvo constituida por carne, frejoles o arroz, papa, cebolla, ají, galletas, pan, azúcar, sal, café o aguardiente y otros recursos extraídos de las zonas aledañas. Un ejemplo de la ración seca lo tenemos en un extracto de la carta de un soldado a su padre, quien se encontraba de avanzada en Chosica: «no se lleva más municiones de boca que un pedazo de carne y dos panes para veinte y cuatro horas; una caramayola de agua, añadiéndole una copa de pisco». <sup>38</sup> Incluso, el clima frío de la cordillera acarrea una serie de problemas con los comestibles de la tropa, como el agua del café

---

<sup>34</sup> Véase al respecto Pedro FATJÓ: “La alimentación de los soldados en el Ejército español, 1859-1914”. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 7:14 (2018), pp. 138-159.

<sup>35</sup> Arturo BENAVIDES: op. cit., p. 225.

<sup>36</sup> Javier DE LA ISLA: op. cit., p. 23.

<sup>37</sup> En algunas ocasiones, la venta de aguardiente en las inmediaciones de los cuarteles había acarreado problema de embriaguez y hasta de salubridad (por que muchos de estos licores eran hechos a base de grano, caña y madera) en las tropas chilenas. Por ello, el coronel Del Canto, en un bando de fecha, 8 de enero de 1882, prohibió la venta de licores alcohólicos, so pena de una multa impuesta del tribunal militar y la pérdida total de la mercancía. En Estanislao DEL CANTO: *Memorias Militares*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2004, p. 160.

<sup>38</sup> Hipólito GUTIÉRREZ y Abraham QUIROZ: op. cit., p. 103.

que no hervía sino antes de los 100 grados o los frejoles que se cocían, pero no se ablandaban, lo cual obligaba a un mayor consumo de leña y carbón. Por otro lado, una lluvia borrascosa podría significar la disolución del azúcar y la sal, así como la transformación del café en una especie de barro.<sup>39</sup> Un detallado informe acerca de las dificultades y penurias sufridas por la tropa con relación a su rancho nos lo da el soldado Marcos Ibarra:

Tambien digo que el pan de harina de flor solíamos comer una ves al mes por que era muy escasa la harina el pan que solíamos comer era pan de afrecho negro la carne de buey una odos veses al mes lo que comíamos alo lejo papas i yucas i porotos [...] comiamos al verjas fideos charqui apollado galletas marineras de agua dulce que son muy duras papoderlas partir las galletas las rompian con la culata del rifle por que eran como concreto comiamos pantrucas i carne de yama el café que tomábamos por la mañana era coca para entibiar el estomago.<sup>40</sup>

Asimismo, otro problema recurrente que padeció el soldado de tropa en campaña fue el desabastecimiento de agua, líquido elemento que era vital para calmar la sed y vigorizar el cuerpo de las incesantes marchas por los parajes andinos. Por lo general, las caramayolas de los soldados eran de latón y con una capacidad de 2 litros, no obstante, la práctica demostró que dicha cantidad de agua no bastaba debido a los hábitos del soldado en un día de marcha. Siendo usual que las expediciones llevaran repuestos de aguas en cargas o estanques que permitieran rellenar en tiempo oportuno las caramañolas, pero no por ello, estuvieron exentas de serias dificultades debido a la geografía abrupta o la constante hostilización del enemigo. Por ello, también se usaron los recursos hídricos de la zona ocupada, y en algunos casos, se realizaron medidas extremas de sobrevivencia, como la extracción de líquido de plantas cactáceas. Sobre esto, el viajero uruguayo que acompañó a las tropas chilenas en 1883, detallará como en medio de un calor insoportable, las tropas iban desfalleciendo por refrescar sus secas gargantas. Siendo en el lugar llamado Portezuelo del Diablo, donde de trecho en trecho, algunos cactus raquíuticos y sus amargos tallos «eran disputados con encarnizamiento para apagar la sed» y minúsculas plantas amarillentas «eran recogidas con delicadeza, para buscar en sus apergaminadas hojillas algún jugo engañoso, que aplacara los dolores de una sed horrible».<sup>41</sup> Similar experiencia sería enunciada por el capitán del “Buin”, Nicanor Donoso, quien apuntaría en su diario, como los soldados recurrie-

<sup>39</sup> Arturo SEPÚLVEDA: *Así vivieron y vencieron. La Logística del Ejército chileno durante la Guerra del Pacífico. Sus servicios auxiliares o anexos*, Santiago, Impresos Esparza y Cía, 1980, p. 180.

<sup>40</sup> Marcos IBARRA: op. cit., pp. 76-77.

<sup>41</sup> Javier DE LA ISLA: op. cit., p. 36.

ron al corazón del quisco, muy abundante en terreno árido y pedregoso, para apagar un poco la ardiente y devoradora sed. Además, detallaría como: “principio a conseguirse un poco de agua, haciéndose hoyos en unos cerros muy arenosos, de donde se extrajo un poco, aunque muy turbia y sucia, con lo cual principio a volver la reacción en la tropa”.<sup>42</sup>

En definitiva, desde el inicio de la campaña, el servicio de intendencia chileno tuvo una serie de dificultades debido a la geografía abrupta que imposibilitaba instalaciones aptas para el acopio de víveres y los caminos fragosos que entorpecían el traslado de alimentos, los cuales, al demorar en llegar a su destino, generaban escasez. Motivo por el cual, se estipuló que las tropas que componían las divisiones militares, debían ser mantenidas por los habitantes de la zona. Entonces, para llevar a cabo este proceso, serían los alcaldes de las diferentes poblaciones, los encargados de designar las cuotas que los vecinos propietarios y hacendados debían pagar semanal o mensualmente para la preparación del rancho de la tropa y los oficiales. Por lo general, las poblaciones rurales pagaban sus contribuciones en “crudo”, consistentes en víveres, ganado, forraje y leña. Mientras a las poblaciones urbanas se les exigía contribuciones de dinero en efectivo, bajo la amenaza latente del uso de la fuerza por incumplimiento. De este modo, la recaudación de contribuciones o “cupos” no constituyeron problema alguno, pero a medida que avanzaron los meses se presentaron dos serios problemas: Primero, el peculado de parte de los cobradores, y la aplicación arbitraria de los cupos, cargando más al que tiene menos o viceversa; segundo, la resistencia de la población a entregar dichas contribuciones. Entonces, en vista del incumplimiento y la resistencia, diversos piquetes chilenos incursionarían con mayor frecuencia a los poblados de la sierra, para arrebatarse a viva fuerza, los víveres y animales necesarios, dando lugar a una serie de tropeías, entre estas, el ultraje de mujeres.

Por ende, la brutalidad de las incursiones chilenas hizo comprender a los campesinos que se estaban enfrentando a un fenómeno destructivo sin precedentes, y esto explica claramente que muchos de ellos hayan considerado a Cáceres y a su ejército del Centro como protectores, o en todo caso, como aliados en la lucha contra un enemigo en común.<sup>43</sup> Por ello, los piquetes chilenos aislados que incursionaban en los caseríos corrían el peligro de ser liquidados o diezmados, desatándose toda una vorágine de violencia en la sierra peruana. Sobre esto, Del Canto en un oficio informará que habiéndose concluido la carne a las dos compañías que guarnecían al pueblo de Pucará, se envió a un oficial con 25 hombres con el objeto de proporcionarse algunos corderos en un poblado llamado Pasos. No obstante, a su regreso, «cuando ya traían algunos animales

<sup>42</sup> Arturo SEPÚLVEDA: “Campaña de la Sierra. Otro diario de campaña”, *Armas y Servicios del Ejército de Chile*, 27 (1983), p. 125.

<sup>43</sup> Hugo PEREYRA: *Andrés A. Cáceres y la Campaña de la Breña (1882-1883)*, Lima, Asamblea Nacional de Rectores, 2006, pp. 161-162.



vacunos y bastantes lanares, fueron atacados 7 hombres que arreaban a estos últimos, por un considerable número de indios, armados algunos de rifles». <sup>44</sup> A su vez, el secretario de la división, reducirá la situación de violencia latente con la siguiente expresión: «el mal sistema implantado para el abastecimiento del ejército, ha acarreado por consecuencia lógica el alzamiento en masa de los indijenas y la carestía de víveres». <sup>45</sup> Por ello, lo anterior, permite entender las instrucciones del comandante Patricio Lynch al coronel Del Canto en abril de 1882, acerca de un viraje en la manera de obtener las contribuciones para el sostenimiento de las tropas, y de esta manera, apaciguar la resistencia indígena:

Es preciso que Ud. Ponga en juego su inteligencia para ver modo de ponerse al habla con algunos de los caciques o jefes y les haga comprender que si ellos se ponen, de nuestra parte, Ud. Tomará sus medidas para que los pobres no sufran nada, y que antes por el contrario, el Ejército les comprará todos aquellos productos, que, como las papas, son necesarios para el consumo del Ejército. <sup>46</sup>

No obstante, los hechos ya estaban consumados y se hizo cada vez más difícil el abastecimiento del rancho de la tropa, la cual debía hacer lejanas incursiones al interior para procurarse alimentos para su consumo. Sobre esto, el subteniente Benavides narró acerca de su excursión militar a la hacienda Incahuasi, cuyo objetivo específico era batir y arrebatar el ganado a las fuerzas del enemigo, el cual ascendió a aproximadamente ochocientos vacunos, cien caballos y de ocho a diez mil ovejas. Sin embargo, no siempre se pudo contar con la misma suerte, por ejemplo, el mismo autor señaló como en La Oroya solo se les había repartido un poco de caldo con un pedazo de carne cocida, sin poder tomar café, debido a que se había agotado hace días. Incluso, detalla como algunos «allegaban los cachuchos y platos de las caramañolas para calentar agua, que bebían sola» y riéndose decían «está riquísimo el café». <sup>47</sup> La situación era aún más apremiante cuando se estaba en lugares inhóspitos, donde no existía a quien pedirle o tomarle los recursos que necesitaban. El mismo coronel Del Canto le escribiría a su mando superior que «si no vienen víveres para la tropa i forraje para los animales, me voi a ver en un caso desesperante», apuntando líneas más abajo: «El combate que aquí tenemos no es contra enemigos sino contra los elementos que nos asedian bajo

---

<sup>44</sup> Estanislao DEL CANTO: op. cit., p. 169.

<sup>45</sup> Isidoro PALACIOS: op. cit., p. 35. A su vez, similar razonamiento será expuesto por el mismo coronel Del Canto en su comunicación al Estado Mayor General: «Los indios de estas sierras se han levantado por los cuatro vientos, porque más que su Dios y su vida, defienden a sus animales». En Estanislao DEL CANTO: op. cit., p. 165.

<sup>46</sup> Estanislao DEL CANTO: op. cit., p. 177.

<sup>47</sup> Arturo BENAVIDES: op. cit., p. 229.

todos aspectos». <sup>48</sup> En cuanto a la tropa, afectada por la irregularidad de sus pagas y las deficiencias en el abastecimiento, recurrieron a una variedad de estrategias para mitigar el hambre, entre ellas, el consumo de carne considerada tabú en tiempos de “normalidad” como caballo, burro o auquénidos.

**«Vergüenza ahora de morir por la bala de estos salvajes»: Etnografía del enemigo, descripción del entorno y lazos de camaradería** <sup>49</sup>

Si bien, el alejamiento del soldado expedicionario de su lugar de origen es de naturaleza eminentemente geográfica, también lo es en el plano cultural, permitiéndole delinear un espacio alternativo desde donde la guerra cobraría un nuevo significado basado en su experiencia personal, la cual es estrictamente sensorial. Entonces, el desplazamiento espacial de miles de soldados expedicionarios a la sierra peruana, no solo ayudó a romper esquemas geográficos y temporales, sino que los enfrentó con lo ajeno y con lo extraño, permitiendo en muchos casos, la reafirmación del valor de lo propio en detrimento de lo ajeno. <sup>50</sup> Teniendo que tomar en consideración que, cuando se enfrentan dos culturas diferentes, en este caso producto de una guerra, se producen reiteradamente, dos relaciones contrapuestas. La primera niega la distancia cultural, asimilando a los otros mediante el uso consciente o inconsciente de la analogía, en otras palabras, el otro es visto como el reflejo del yo. <sup>51</sup> Por ejemplo, el secretario de división Isidoro Palacios, narraría en su diario, la agradable sorpresa de contemplar el valle de Tarma, después de dos días de viaje por sierras y cordilleras áridas y tristes. Al cual describe como un espléndido verjel de cuatro leguas de largo, cubierto de frondosos arbustos, pintorescas casas, bosques y alamedas de sauces bañados por el río que se desliza en medio del prado y colinas multicolores cubiertas de hermosas chacras, tanto que: «Uno cree encontrarse en la patria querida, allá en ese paraíso de Viña del Mar, contemplando sus hermosas casas, sus pintorescos cerros y sus árboles tan lindos». <sup>52</sup> De manera similar, el soldado Quiroz en una carta a su padre, le describiría la presencia de un valle enteramente bello camino a Colcabamba, culminando su narración con la siguiente expresión: «¡Cosa rara! Me acordé de mi bello Chile, lo que no me sucedía andando de marcha. Mi pensamiento voló hacia mi familia, la que tanto tiempo no la veo». <sup>53</sup>

<sup>48</sup> Pascual AHUMADA MORENO: op. cit., p. 212.

<sup>49</sup> Extracto de la expresión enunciada con furor y lágrimas por el capitán Saravia del batallón “Rengo”, herido en la ingle derecha producto del combate con el enemigo, cerca de la cumbre de Cerrillos en Ica. Dicho diálogo fue rescatado por el corresponsal del diario “El Comercio” del Callao, fechado en 4 de octubre de 1882. En Pascual AHUMADA MORENO: op. cit., p. 357.

<sup>50</sup> Carmen MC EVOY: op. cit., p. 232.

<sup>51</sup> Peter BURKE: *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, A & M Gráfico, 2005, p. 155.

<sup>52</sup> Isidoro PALACIOS: op. cit., pp. 8-9.

<sup>53</sup> Hipólito GUTIÉRREZ y Abraham QUIROZ: op. cit., p. 136.

La segunda respuesta habitual cuando se produce un conflicto entre culturas distintas es la producción de imágenes mentales, y estas, de manera consciente o inconsciente, suelen ser estereotipadas. Sin embargo, el estereotipo puede no ser completamente falso, pero a menudo exagera determinados elementos de la realidad y omite otros. Pudiendo ser más o menos cruel, más o menos violento, pero, en cualquier caso, este carece de matices, debido que el mismo modelo se aplica a situaciones culturales que difieren considerablemente unas de otras. Tal vez por ese motivo los estereotipos toman a menudo la forma de inversión de la imagen de sí mismo que tiene el espectador. Debiendo considerar que, los estereotipos más crueles se basan en la simple presunción que lo propio es “civilizado”, mientras lo ajeno está sumido en la “barbarie”, diferenciándose apenas de los animales, y en el mejor de los casos, conceptuados como seres exóticos, pero siempre distantes de uno mismo.<sup>54</sup> Ejemplos de esta deshumanización narrativa hecha en torno al “otro”, afloran en los registros testimoniales de los combatientes de esta campaña, como en la carta enviada por un oficial, quien afirmó que en la población donde se encontraba no había nadie con quien conversar, debido a que estaba compuesta por «indios sucios i harapientos, con quienes es imposible rolar-se».<sup>55</sup> Los indios presentan los tipos más repugnantes «i nuestra llegada tiene algo de lo que debió ser el descubrimiento de América por Colón», opinaba el corresponsal que acompañó la expedición militar de Lynch por la serranía.<sup>56</sup> Similar expresión despectiva será compartida con frustración por un oficial herido durante un enfrentamiento con el enemigo: «honor hubiera tenido de morir en Chorrillos o Miraflores i vergüenza ahora de morir por la bala de estos salvajes».<sup>57</sup>

Como se pudo ver anteriormente, los escritos testimoniales de combatientes y participantes del conflicto, construyeron un relato de diferenciación y alteridad con respecto del enemigo peruano, indígena en particular. Siendo en aquellos documentos donde se describió y construyó una imagen negativa y despreciativa de sus enemigos, categorizándolos como inferiores a los chilenos, susceptibles de ser derrotados, conquistados y civilizados, en tanto su etnia, cultura, condiciones de vida material, personalidad, organización y sistema de creencias.<sup>58</sup> Entonces, el racismo es un elemento central del discurso nacionalista chileno y que aflora en los registros testimoniales de la oficialidad y tropa. Sin embargo, dicho discurso no constituye un caso singular, por el contrario, es un reflejo inmediato de la corriente positivista decimonónica, la cual, pretendió clasificar a la humanidad en “razas” según grados de superioridad e inferioridad.

---

<sup>54</sup> Peter BURKE: op. cit., pp. 158-159.

<sup>55</sup> Véase en “Noticias sobre la Expedición Letelier”, *El Estandarte Católico*, Santiago, 9 de julio de 1881.

<sup>56</sup> Pascual AHUMADA MORENO: *Guerra del Pacífico. Recopilación de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a la luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia*, Valparaíso, Imprenta i Lib. Americana, 1889, T. VI, p. 370.

<sup>57</sup> Pascual AHUMADA MORENO: op. cit., p. 357.

<sup>58</sup> Patricio IBARRA: “*Seres aquellos de costumbres depravadas...*”, pp. 111-133.

Un primer ejemplo se puede observar en una carta de soldado Quiroz, quien afirmarí: «El Perú es sólo civilizado en la costa», debido a que desde Chicla al interior habitaban indios salvajes que no hablaban el castellano, «muy feos todos en general». <sup>59</sup> Similar expresión sobre el desconocimiento de la civilización por parte de los indígenas la tendrá el oficial chileno Urquieta: «Esos habitantes de las montañas del interior de Lima, desconocen todo acto humanitario i solo dan cabida con gusto en su corazón a un acto de barbarie criminal». <sup>60</sup> Testimonio similar a los antes citados serán las expresiones consignadas en el diario de Isidoro Palacios, aseverando que «esta jente, de una civilización atrasada, no tiene mas patria que la familia y sus bienes y está en absoluta ignorancia de la guerra, de Chile, y aun de su propia patria». <sup>61</sup> Desde otra perspectiva, el coronel Gorostiaga afirmará que los indios o cholos «son regularmente individuos de una constitución fuerte i bastante pillos», aunque haya oído calificarlos de torpes e ignorantes, él consideraba que esto se debe a que «son mui retraidos». <sup>62</sup>

De la misma manera, el estudio de diarios y crónicas de los soldados destacados a la serranía peruana permiten explorar un entrecruzamiento de la literatura de viajes, el discurso civilizatorio y la crudeza de una guerra de guerrillas interminable. Siendo la redacción testimonial, un ejercicio de etnografía itinerante, producto del desplazamiento espacial de los soldados y que irá modelando una imagen sobre el Perú y lo peruano. Siguiendo lo propuesto por Carmen Mc Evoy, <sup>63</sup> la Guerra del Pacífico puede ser abordada como un largo viaje cuyo destino final es el territorio de la alteridad, por ende, más allá de las experiencias militares exhibidas en las crónicas de guerra, se encuentran también las impresiones respecto a la geografía, la cultura y las costumbres de los peruanos. En esa dirección discurre la carta del soldado Quiroz, quien durante su periplo expedicionario afirmará desde Cerro de Pasco que, una costumbre del indio era el uso de «unos pantalones hasta las rodillas, pero tan anchos que parecen gallinazos», añadiendo que «el modo de hablar es muy diferente del de Lima y así cuando hablan castellano no se les puede entender». Más adelante, apuntaría que Tarma era un hermoso pueblo encerrado por grandes cerros y abundante en árboles frutales, quedando a su vez, fascinado por la grandeza del río Mantaro que cruzaba en medio del valle de Jauja «como hilo de plata». <sup>64</sup> Por otra parte, el coronel Gorostiaga resaltará como atributo

<sup>59</sup> Hipólito GUTIÉRREZ y Abraham QUIROZ: op. cit., p. 98

<sup>60</sup> Antonio URQUIETA: *Recuerdos de la vida de campaña en la Guerra del Pacífico*, Santiago, Imp. Litografía y Encuadernación “La Ilustración”, 1909, T. II, p. 290.

<sup>61</sup> Isidoro PALACIOS: op. cit., p. 36.

<sup>62</sup> Raimundo VALENZUELA: op. cit., p. 20. Similares términos serán expuestos por un oficial chileno, quien en una carta asegurará que le llamó la atención los santos de busto en las iglesias «en su mayoría negros, mui semejantes a los cholos», asimismo narra cómo un soldado de su compañía, de manera sarcástica le dijo: «¡Capitán, en esta tierra hasta los santos son cholos!». En “Noticias sobre la Expedición Letelier”, *El Estandarte Católico*, Santiago, 9 de julio de 1881.

<sup>63</sup> Al respecto, Carmen MC EVOY: op. cit., pp. 225-279.

<sup>64</sup> Hipólito GUTIÉRREZ y Abraham QUIROZ: op. cit., pp. 100, 123-124.

del indio, el ser «sumamente andador de a pié», pudiendo andar sin gran esfuerzo 26 leguas al día «llevando como único alimento coca i por compañero un palo más largo que un baston». <sup>65</sup> Punto de vista que era compartido por el oficial Urquieta, añadiendo que «si se le pide algo como limosna, no la da i se enoja» pero si «se le convida a un robo, acepta con gusto en el momento». <sup>66</sup> Finalmente, un corresponsal que acompañó a las tropas de Lynch en 1882, describirá con lujo de detalles, una fiesta en un pueblo llamado San Pedro de Laraos:

Nos hallamos frente a un gran patio lleno de indios e indias, vestidos con los trajes mas orijinales, llevando *acerumas* (largos palos cubiertos con papel de color cortado). La orquesta consta de dos harpas, un violin, una quena i 20 *chrisuyas* (especie de clarinete por la forma i cuyo sonido se aproxima al chirrido de una guitarra). Las mujeres, también vestidas de fantasia, bailan con 15 payasos, ataviados de cascabeles, cuentas i relumbrones, un baile indescriptible i complicados. Todos llevan en los sombreros panes, galletas i flores, i los músicos de cuerda, una pieza de balleta que miéntras tocan, sostiene un indio por encima de los instrumentos. <sup>67</sup>

Del mismo modo, es interesante la frecuencia con que los combatientes subrayaron el sufrimiento padecido y la violencia ejercida en los encuentros con el enemigo, en sus registros testimoniales. Esta centralidad narrativa basada en el dolor y la muerte buscaba crear un lazo afectivo entre el soldado y el lector, así como, darle una mejor impresión de un suceso en concreto. Tomando en cuenta que la guerra es una forma de violencia entre colectividades donde los individuos de tropa borran su singularidad y ven legitimado el uso de la fuerza. Por ello, la violencia de carácter bélico esta aparejado a la muerte del contrario, constituyéndose así, en un elemento normal, cotidiano y hasta querido por el bando en pugna. <sup>68</sup> Considerando lo anterior, muchos testimonios chilenos narran de manera explícita la violencia ejercida por el enemigo, exponiendo su frustración frente al padecimiento de una guerra no convencional. Por ejemplo, un oficial del batallón “Santiago”, suscribirá desde Sapallanga una crónica, en la cual enuncia el sinsabor que le causaba ver como «simples indios, que no presentan jamas batalla

<sup>65</sup> Raimundo VALENZUELA: op. cit., p. 20.

<sup>66</sup> Antonio URQUIETA: op. cit., p. 290.

<sup>67</sup> Pascual AHUMADA MORENO: *Guerra del Pacífico. Recopilación de todos los documentos oficiales...*, p. 370.

<sup>68</sup> Phillip DWYER: “Historias de guerra: las narrativas de los veteranos franceses y la experiencia de guerra en el siglo XIX”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 4:7 (2015), p. 116; Javier ORDÓÑEZ: “Violencia y Guerra”, *Revista de Humanidades. Tecnológico de Monterrey*, 11 (2001), p. 78; Rodrigo ARREDONDO: “La muerte en la Guerra del Pacífico: visión a través de fuentes primarias”, *Cuadernos de Historia Militar*, 3 (2007), pp. 5-21.

en forma» puedan diezmar a «nuestros gloriosos soldados, a quienes el plomo enemigo ha sabido respetar desde Antofagasta hasta más allá de Lima». <sup>69</sup> Similar relato será expuesto por el oficial Vicente Ruíz desde Lunahuaná, afirmando que lo difícil de poder dar caza a los montoneros radicaba en que estos se colocaban en las crestas de los cerros, bosques y quebradas donde «se ofende sin poder ofender, se asesina impunemente a nuestros soldados en los desfiladeros sin poderlos perseguir». <sup>70</sup> Entonces, episodios crudos y violentos del enemigo serían rememorados por los excombatientes, como el ataque con grandes piedras o “galgas” desde los cerros, la decapitación y desmembramiento de los cadáveres, el corte de puentes de cimbra para ocasionar la muerte por ahogamiento, e incluso, el uso de minas en determinados parajes.

Lo anteriormente expuesto, hace entender expresiones como las del general Cáceres al prefecto de Huancavelica, Tomás Patiño, informándole acerca del «excelente denuedo de nuestros guerrilleros, que tan solo armados de lanzas» han logrado contener al enemigo, asimismo, relata haber visto con impresión las cabezas de algunos de estos, en las puntas de sus lanzas «como trofeos de guerra». <sup>71</sup> Incluso, un corresponsal chileno presente en la acción de Pucará, afirmo haber encontrado un cadáver de un soldado «al que se le notó sesenta i ocho lanzas en el cuerpo». <sup>72</sup> A su vez, el subteniente Benavides narraría como el corte de un puente de cimbra por el enemigo, denominado Huaripampa, había ocasionado la caída al río de treinta o cuarenta individuos, «pereciendo ahogados o reventados doce o quince soldados y quedando muchos magullados». <sup>73</sup> El soldado Quiroz narraría como un convoy militar rumbo a San Mateo, fue atacado por unas galgas descolgadas que felizmente no alcanzaron a caer en los carros. Sucediéndose una «lluvia terrible de galgas del enemigo y de balas de parte de nosotros», con un total de bajas de «3 muertos y 26 heridos de bala y piedra». <sup>74</sup> Similar relato sería suscrito por el oficial Leoncio Tagle en Ica, quien informa como de regreso en tren, «hicieron explosión dos minas colocadas a poca distancia de la línea», las cuales afortunadamente habrían detonado cuando había pasado todo el convoy. <sup>75</sup> Es más, un relato de la crudeza de la lucha en la serranía sería detallado por un corresponsal de prensa chileno, quien narrará acerca de la emboscada que sufrieron un piquete de caballería en el desfiladero de Sierralumi, ubicado antes de llegar al pueblo de Comas:

Los indios les lanzaban desde lo alto una lluvia de piedras impulsadas por hondas, que aquéllos manejaban con destreza, a la vez que enormes galgas, o sea

<sup>69</sup> Pascual AHUMADA MORENO: op. cit., p. 187.

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 155.

<sup>71</sup> Pascual AHUMADA MORENO: op. cit., p. 186.

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 188.

<sup>73</sup> Arturo BENAVIDES: op. cit., p. 194.

<sup>74</sup> Hipólito GUTIÉRREZ y Abraham QUIROZ: op. cit., p. 101.

<sup>75</sup> Pascual AHUMADA MORENO: op. cit., p. 263.

grandes peñascos, rodaban con increíble velocidad sobre las cabezas de nuestros soldados [...] Una de las primeras víctimas fue el capitán Jermain, delegado de la Intendencia. Una piedra de honda lo derribó al suelo dándole en el hombro izquierdo, i segundos después de su caída una galga enorme pasa sobre él i le despedaza el cráneo, haciendo de su cabeza una masa confusa de sangre, tierra, huesos i sustancia cerebral.<sup>76</sup>

Finalmente, se debe afirmar que las vivencias de campaña no solo tuvieron como elementos centrales al desasosiego, el dolor y la desolación, aspectos abordados ampliamente en párrafos anteriores. De este modo, en un ambiente tan precario e inhóspito como fue la vida de campaña en la serranía, el único refugio para el combatiente lo constituyeron algunas diversiones que hicieran más agradable su estancia por dichos parajes. «Los niños se entretenían con las riñas de gallos, le pegaban el cogote y le arreglaban las estacas y el que moría iba a la oya cazuela de abe», escribió el sargento Arellano Varela, subrayando que con estas peleas de gallo los soldados «se acordaban de sus pueblos en Chile». <sup>77</sup> Para el subteniente Benavides, una manera de levantar el espíritu alicaído de la tropa frente a la epidemia de tifus que no recrudecía, fue la promoción de todas las diversiones que se les ocurriese. Por ello, según su relato, los domingos había carreras de caballo, ordinariamente entre oficiales, evento que fue muy concurrido por la tropa. Asimismo, funciones de títeres en los que soldados aficionados movían los muñecos, llegando incluso a representar obras teatrales como “El médico a palos”. <sup>78</sup> Por otro lado, el devenir de la guerra también fomentó una profunda hermandad entre los miembros de un mismo batallón. De este modo, los lazos de consanguíneos eran reemplazados por los de amistad y camaradería entre combatientes, como consecuencia de llevar una vida en común, alejados de sus hogares, soportando el rigor de la campaña e incluso estando expuestos a morir juntos. Como ejemplo de ello, será el mismo Benavides, quien nos narre un lazo de hermandad, que incluso traspasó la barrera física de la muerte, entre los subtenientes Pérez y Portus, el segundo fallecido a causa de tifus en Huancayo:

El subteniente don Anastasio Pérez, muy amigo suyo, se propuso traerlos a Santiago para entregarlos a su familia y consiguió su objeto [...] El plan consistió en desenterrar el cadáver, destrozarlo, hacer hervir los pedazos hasta que la carne se separe de los huesos, sacar éstos y volverlos a hervir hasta que que-

---

<sup>76</sup> Pascual AHUMADA MORENO: *Guerra del Pacífico. Recopilación de todos los documentos oficiales...*, p. 491.

<sup>77</sup> AP, EP, leg. 1, fol. 14. “Expediente personal del Sgto. 2º del Regimiento Movilizado Maule, Juan Nepomuceno Arellano Varela”. Antofagasta, 5 de abril de 1891.

<sup>78</sup> Arturo BENAVIDES: *op. cit.*, p. 204.

darán bien limpios, verter en un hoyo hecho con ese fin el caldo y carne, secar prolijamente los huesos después de un enjuague con alcohol, colocarlos en una caja de lata mandada hacer para el objeto y hacerla soldar.<sup>79</sup>

## Conclusiones

La ocupación militar de la capital peruana y la disolución del ejército que pudiera oponerles resistencia, permitió al gobierno de Chile el afianzamiento de una serie de victorias obtenidas en las campañas militares anteriores, y el firme convencimiento de que el fin de la guerra con el Perú se avizoraba a la brevedad. En cambio, este hecho significó para las tropas expedicionarias chilenas, el inicio de una dura y prolongada campaña militar de tres años, con un saldo aproximado de 2714 bajas de acuerdo a estadísticas oficiales chilenas. De estos, 366 muertos en acción de guerra, 726 producto de enfermedades y 1622 desertores.<sup>80</sup> Por otro lado, esta campaña supuso para los peruanos, la organización de campesinos en bandas guerrilleras, quienes, en conjunto a los remanentes del ejército y voluntarios de las ciudades serranas, constituyeron la columna vertebral de la resistencia al invasor chileno. Entonces, la caída de Lima supuso la captura del aparato estatal peruano, no obstante, el poder político se descentralizó refluendo a sus tradicionales núcleos políticos regionales, dándoles mayor autonomía y conformando una coyuntura favorable para la resistencia militar al invasor.

Asimismo, debemos considerar que los protagonistas u observadores de la Campaña de la Breña o Sierra, objetivo de la presente investigación, dejaron un registro escrito del derrotero de dicha campaña militar y sus experiencias cotidianas. Constituyéndose de esta manera en una narración testimonial que no estuvo exenta de juicios de valor y apreciaciones con respecto a las personas con las que interactuaron, las estrategias de sobrevivencia desplegadas (habituándose a un clima y geografía inhóspito), su alimentación rutinaria de campaña y los lazos de camaradería que se forjaron en los interregnos de un tipo de guerra no convencional. En efecto, debemos tomar en cuenta que las memorias personales abundan en situaciones de conflicto, caracterizándose generalmente por detallar experiencias traumáticas. Por ello, la narración se convirtió en el vehículo predilecto, mediante el cual, el individuo pudo procesar los hechos vividos, salvaguardando su propia imagen ante la historia, y en casos particulares, a través de sus experiencias, dejar lecciones para las futuras generaciones. De esta manera, la centralidad narrativa de las penurias de una campaña militar y las dramáticas consecuencias de la guerra, tanto en civiles como en los militares, fue una forma de señalar y resaltar los sacrificios hechos en aras de la “Patria”.

<sup>79</sup> *Ibíd.*, p. 208.

<sup>80</sup> Gonzalo BULNES: *Guerra del Pacífico*, Santiago, Editorial del Pacífico S.A, 1956, T. III, p. 260; Mauricio PELAYO: *Los que no volvieron: los muertos en la Guerra del Pacífico*, Santiago, RIL Editores, 2019.



Por ejemplo, un corresponsal de guerra resumirá toda su crónica enviada a un diario santiaguino, sobre la expedición enviada al interior comandada por Letelier, con la siguiente expresión: «¡Ojalá no tuviéramos un nuevo Tarapacá!». <sup>81</sup> Esto, después de manifestar lo peligrosa y pesada que resultaba la expedición debido a los estrechos caminos cordilleranos, en sí, fatigosos por su altura para las tropas bisoñas y el enrarecimiento del aire debido al soroche. Asimismo, alerta sobre el peligro que constituye el cruce de las tropas invasoras por gargantas tan estrechas que pueden ser defendidas por un pequeño grupo de hombre resueltos. Entonces, la expresión del corresponsal antes citado, aludía a una de las únicas batallas ganadas por el Ejército peruano a sus homólogos chilenos, producto de la desorganización e imprudencia de los segundos, al presumir una sencilla victoria a sus fuerzas. De esta manera, el corresponsal se convirtió en un nexo entre cuanto ocurría en la serranía peruana y la población lectora del periódico en Chile. Para ello, desplegó una narrativa que no solo estuvo plegada en la exaltación de las virtudes cívicas de las tropas y oficialidad chilena, sino en conformar una voz crítica y de alerta al mando político-militar de su país.

Finalmente, la constante relectura de fuentes, el despliegue de nuevas preguntas de investigación y la apertura a nuevos enfoques teóricos, lo que ha posibilitado la incorporación de lo subjetivo como una variable explicativa del pasado histórico. Por ende, a la luz de la documentación personal de sus protagonistas u observadores, se pueden valorar y comprender mejor sus percepciones, sensibilidades y emociones. En resumen, repensar lo cotidiano, específicamente en coyunturas bélicas, supone abordarlo no solo como el constante devenir de acciones repetitivas, sino también como el conjunto de fragmentaciones de la rutina, aboliendo la transgresión y ganando un lugar en el orden cotidiano. Entonces, esta nueva cotidianidad generada por la guerra revistió para un conjunto de personas ligadas al escalafón militar, la presencia constante de la incertidumbre sobre que deparará el mañana; la nostalgia hacia los seres queridos y el terruño; el temor a ser herido o ser víctima fatal de un enfrentamiento armado; la lucha por la supervivencia personal; el tedio de la vida de campaña y las situaciones límites que tuvieron que atravesar en un territorio ajeno y hostil como la serranía peruana. Por ende, este flujo de experiencias, consideradas por quienes las experimentaron como acontecimientos trascendentales, motivaron su deseo por registrar en papel su cotidianidad en medio de una campaña militar. Prueba de ello es la ingente cantidad de crónicas y testimonios personales, publicados por extractos en la prensa o en formato de libros, durante y después de la guerra de 1879.

---

<sup>81</sup> “Correspondencia Especial”, *El Estandarte Católico*, Santiago, 14 de mayo de 1881.